



Sustento del uso justo  
de **Materiales Protegidos**  
derechos de autor para  
fines educativos



**UCI**

Universidad para la  
Cooperación Internacional

## UCI

### **Sustento del uso justo de materiales protegidos por Derechos de autor para fines educativos**

El siguiente material ha sido reproducido, con fines estrictamente didácticos e ilustrativos de los temas en cuestión, se utilizan en el campus virtual de la Universidad para la Cooperación Internacional – UCI - para ser usados exclusivamente para la función docente y el estudio privado de los estudiantes en el curso “Regeneración y rehumanización del paisaje urbano” .

La UCI desea dejar constancia de su estricto respeto a las legislaciones relacionadas con la propiedad intelectual. Todo material digital disponible para un curso y sus estudiantes tiene fines educativos y de investigación. No media en el uso de estos materiales fines de lucro, se entiende como casos especiales para fines educativos a distancia y en lugares donde no atenta contra la normal explotación de la obra y no afecta los intereses legítimos de ningún actor.

La UCI hace un USO JUSTO del material, sustentado en las excepciones a las leyes de derechos de autor establecidas en las siguientes normativas:

- a- Legislación costarricense: Ley sobre Derechos de Autor y Derechos Conexos, No.6683 de 14 de octubre de 1982 - artículo 73, la Ley sobre Procedimientos de Observancia de los Derechos de Propiedad Intelectual, No. 8039 – artículo 58, permiten el copiado parcial de obras para la ilustración educativa.
- b- Legislación Mexicana; Ley Federal de Derechos de Autor; artículo 147.
- c- Legislación de Estados Unidos de América: En referencia al uso justo, menciona: "está consagrado en el artículo 106 de la ley de derecho de autor de los Estados Unidos (U.S.Copyright - Act) y establece un uso libre y gratuito de las obras para fines de crítica, comentarios y noticias, reportajes y docencia (lo que incluye la realización de copias para su uso en clase)."
- d- Legislación Canadiense: Ley de derechos de autor C-11– Referidos a Excepciones para Educación a Distancia.
- e- OMPI: En el marco de la legislación internacional, según la Organización Mundial de Propiedad Intelectual lo previsto por los tratados internacionales sobre esta materia. El artículo 10(2) del Convenio de Berna, permite a los países miembros establecer limitaciones o excepciones respecto a la posibilidad de utilizar lícitamente las obras literarias o artísticas a título de ilustración de la enseñanza, por medio de publicaciones, emisiones de radio o grabaciones sonoras o visuales.

Además y por indicación de la UCI, los estudiantes del campus virtual tienen el deber de cumplir con lo que establezca la legislación correspondiente en materia de derechos de autor, en su país de residencia.

Finalmente, reiteramos que en UCI no lucramos con las obras de terceros, somos estrictos con respecto al plagio, y no restringimos de ninguna manera el que nuestros estudiantes, académicos e investigadores accedan comercialmente o adquieran los documentos disponibles en el mercado editorial, sea directamente los documentos, o por medio de bases de datos científicas, pagando ellos mismos los costos asociados a dichos accesos.

Maurice M. Cerasi

LA  
LESTURA  
DEL  
AMBIENTE

## Capítulo 7

### Ambiente urbano y actividades centrales

#### I

El concepto de espacio ambiental puede transformarse en un instrumento eficaz para el proyectista solamente si es entendido como campo de actividad potencial y real del hombre y si por esto encuentra un vínculo con el análisis urbano, es decir, con el análisis de la más significativa estructuración del ambiente físico de la sociedad moderna. El nexo entre esta realidad y la lectura artística del ambiente ha sido aclarado en los capítulos precedentes.<sup>1</sup> También hemos visto cómo una proyectación que se plantea en un plano ambiental, es decir que requiere una sensibilidad no puramente formal o funcional,<sup>2</sup> necesita una lectura *activa* del ambiente.<sup>3</sup>

¿Cuál es la estructura que el ambiente revela hoy a una lectura *activa*, cuáles son las condiciones de contexto que hoy influyen más directamente en nuestro conocimiento y, por lo tanto, en la proyectación de espacios particulares?

Las definiciones de ambiente urbano y de ambiente físico reflejan, por lo general, el tipo de lectura que aplicamos a dicho ambiente y la menor o mayor variedad de tipos de los cuales por inducción deriva aquella definición. Así, transformándose la ciudad, aumentando la variedad de los tipos morfológicos y sociales, las definiciones de la ciudad referentes a un común denominador dimensional o funcional (la ciudad como lugar de especializaciones) resultaban demasiado genéricas y demasiado restringidas para extenderse a los nuevos tipos. El término *ciudad-territorio* se insinuó para fijar, en un modelo conceptual generalizable, la nueva extensión y las nuevas relaciones de las áreas urbanas. Aun así, este último era un concepto basado sobre un análisis limitado del fenómeno: no iba más allá del aspecto externo, de la rudimentaria distribución espacial de las áreas edificadas. No sólo no caracterizaba suficientemente la estructura urbana, sino que tenía pocos vínculos con

la lectura común del territorio y con la experiencia ambiental. La así llamada *gran escala*, aplicada a otros fenómenos que a las pocas estructuras territoriales en las que puede confrontarse la nueva dimensión a nivel de lectura común, asumió rápidamente el carácter de una categoría abstracta, sin propósito, si es aplicada a la proyectación o al análisis de una parte de la ciudad o de un barrio.

Durante los últimos años, el estudio de los fenómenos urbanos ha buscado dar una definición más convincente y suficientemente amplia del ambiente urbano. Podemos citar sobre todo a Foley, a Webber y a Chapin.<sup>4</sup> La definición más precisa es quizás aquella de Webber, que considera al ambiente urbano como *espacio* de interacciones humanas y no como *lugar*. Son las comunicaciones entre varias zonas del área de asentamiento, el grado de participación de los individuos o de cada una de las partes del territorio en los sistemas funcionales, los que definen el carácter del asentamiento.

Las consecuencias de estas tentativas de volver a definir y de volver a plantear son lentas de madurar. En el trabajo del urbanista están aún enraizados instrumentos metodológicos y conceptos estadísticos como *uso del suelo, densidad edilicia, áreas naturales* que, en el curso de una larga tradición de trabajo, han asumido matices e interpretaciones referibles a valoraciones formales y culturales. A falta de tal referencia las nuevas interpretaciones, como justamente aquella de Webber, aparecerán a primera vista como pertenecientes solamente a la estructura funcional del ambiente. En efecto, ellas postulan la imposibilidad de definir y de analizar la ciudad únicamente por medio de la lectura del orden físico. Así, parecerían distinguir netamente entre la lectura de los sistemas funcionales y la lectura formal de la ciudad. En realidad, el análisis que sobreentienden es de naturaleza capilar, basado en un conocimiento de la fruición real de las estructuras particulares. Tal análisis llega a menudo a recrear una parte de las condiciones del contexto en las que son leídas las formas urbanas. Por ejemplo, la clasificación de las actividades urbanas propuestas por Rannels en:

- 1) rutinas;
- 2) procesos institucionales, y
- 3) organización de los procesos,

tiene mayor eco en nuestra experiencia común de la ciudad que las cuatro categorías funcionales de la Carta de Atenas.<sup>5</sup> Estas últimas son difícilmente aislables del contexto general de nuestra vida ambiental, mientras que las tres categorías de Rannels corresponden, "grosso

modo", a tres estructuraciones distintas de la experiencia frutiva y formal. Estas últimas coinciden con los distintos niveles identificables de nuestro conocimiento del ambiente construido, es decir:

- 1) A nivel de las actividades y de los recorridos cotidianos, cuya estructura forma la base de una íntima experiencia ambiental.
- 2) El carácter de barrios enteros, la lectura y fruición de formas y fruiciones emergentes.
- 3) El *respirar* y el rostro de la ciudad; sus transformaciones a largo plazo, pero que inciden sobre nuestra valoración del ambiente.

Es a través de dicho análisis capilar, y no dirigido solamente a las transformaciones macroscópicas de la ciudad, como podremos entender mejor el carácter específico del espacio y las condiciones del contexto en el que hoy insertamos nuestros edificios.

## II

Actualmente, para el proyectista de la estructura ambiental la transformación más decisiva no es tanto la de una nueva dimensión territorial, sino la relación modificada entre los edificios, entre los edificios y otros fragmentos de la estructura urbana.

Surgen nuevas relaciones frutivas que limitan el grado de emergencia que un espacio o edificio en particular puede tener en nuestra fruición y, por lo tanto, en nuestra percepción del ambiente construido.

Entre un grabado del Seiscientos o del Setecientos que representa una ciudad, y un cuadro de Duchamp o de Rauschenberg, se ha dado una transformación no solamente de orden artístico, sino también en la representación de la materia reproducida. En la primera, los edificios en particular presentan una configuración individual bien precisa: la ciudad parece estar constituida por muchos dados reunidos, de forma no del todo realista, por los hilos de las calles; mientras la volumetría y los elementos constitutivos de las casas son representados con suficiente precisión, los trazados y la configuración de las calles son totalmente aproximativos. En cambio, en la representación moderna, si sobresale algún edificio es por casualidad o por motivos que no necesariamente reflejan la realidad de la estructura representada. Los edificios están inmersos individualmente en una descripción global de fragmentos enteros de la ciudad y de sus caracteres. El ambiente urbano resulta así, no sólo mitificado, sino que se le reconoce una forma, una fuerza signi-

ficativa relativamente independiente de la forma de sus elementos constitutivos, o por lo menos más incisivo respecto a la forma de los elementos particulares. Ese *mito* y esa atribución de significado tienen su fundamento en la vida de la ciudad moderna, en el hecho de que los espacios colectivos y la configuración global del ambiente asumen cada vez mayor importancia en la conciencia cultural; reflejan la creciente incidencia de las relaciones entre las distintas funciones y fruiciones de la ciudad para cada ciudadano que pasa su vida de trabajo y festiva en un espacio *interrelacionado* (o sea por él vivido, efectivamente conocido y poseído) de creciente extensión y complejidad y, casi siempre, privado de una lógica formal o topográfica.

El análisis de la manera en que la ciudad moderna *funciona* en su estructura capilar, no es sólo un análisis funcional: nos ilumina en nuestra lectura sobre el significado de los espacios y de cada uno de los edificios. Cuando se trata del hecho cultural de la ciudad, es ilusorio separar rígidamente la experiencia viva (y por lo tanto también funcional) de la experiencia artística. Entre una ciudad moderna y una hipotética ciudad tradicional, existe una divergencia en la fruición que se debe a la diferencia de escala y extensión de la lectura-fruición, a la diferencia del carácter individual o colectivo del *sujeto* que lee y disfruta, a la relación *invertida* de posesión que el sujeto tiene con el espacio ciudadano. Pero la ciudad tradicional, como entendemos aquí, es una ciudad hipotética: es difícil que la historia de la ciudad nos proporcione un caso que presente, en todos sus aspectos y en un determinado momento, la evolución que describiremos. Los pasajes de una forma a la otra son graduales, difusos y no lineales. La ciudad oriental se acercará, por ciertos aspectos, a la ciudad moderna; ya en el período anterior a la Revolución Industrial, muchos grandes centros europeos presentaban el germen de aquello que sería más tarde un desarrollo generalizado; París, la ciudad ejemplar del siglo XIX y de la burguesía, a fines del Ochocientos, se encontraba ya más avanzada en la evolución que trazaré, respecto a muchas ciudades actuales. No obstante, sostengo que es válida la referencia a una ciudad tradicional, hipotética y convencional, no sólo porque clarifica la hipótesis de trabajo, sino también, y sobre todo, porque la hipótesis funcionalista de la arquitectura que criticaremos aquí, ha tenido origen en una interpretación del mecanismo ambiental muy próxima a la de la ciudad tradicional que más adelante describo.

El edificio y cada espacio tienen en la ciudad tradicional una fisonomía precisa y autónoma, que irá luego debilitándose en la transición hacia la ciudad moderna. Antes que nada, para la mayor parte de los ciuda-

danos el edificio considerado individualmente constituye al mismo tiempo un lugar de trabajo y de residencia. En su interior se cumple un ciclo completo de experiencias: la producción de un objeto o la formación de un individuo suceden muy a menudo en un mismo edificio. En consecuencia, habrá una fuerte asociación de imágenes (a veces correspondencias formales efectivas) entre el producto y el ambiente construido en el que ha sido formado, por medio de operaciones distintas en partes distintas de la construcción. Cualquiera sea el destinatario funcional originario, cada rincón del edificio asume una función totalmente particular, complementaria, dentro de un ciclo de vida y de producción, a las experiencias y funciones desarrolladas en otros puntos; para quien lo habita, existirán relaciones orgánicas aparentes y reales entre los distintos espacios. El contacto prolongado entre individuo o unidad social (familia, administración) y edificio, y su complemento mutuo, dejará también una huella en la lectura del edificio y en el modo de considerar cada espacio: cada espacio será asociado a una determinada experiencia, ligado a ella en una relación unívoca.

Cada tipología en particular, cargada de claros significados formales y funcionales, asume gran importancia en la imagen y construcción del ambiente.

Del conocimiento de la ciudad tradicional surgía una clara relación entre forma y función. Entre la fisonomía, los gestos del grupo (de la microcomunidad) que habitaba y a menudo nacía o moría en el edificio, y la forma del edificio, existía una clara conexión en su proceso de formación, en su lectura. La ciudad estaba constituida por estos grupos-edificios, cada uno con su clara individualidad: el proyectista podía imaginar un espacio físico y espiritualmente adecuado a esta comunidad.

La relación con el destinatario no podía tener aquellas connotaciones de abstracción y universalidad que surgirán sólo con los procesos anexos al dominio burgués y a la división capitalista del trabajo.

De las crónicas de los viajeros —desde la antigüedad hasta el Setecientos— sabemos que no pocos individuos tenían entonces frecuentes contactos con muchas ciudades y muchos espacios. Pero, advirtamos que cada una de sus descripciones se refieren a la experiencia de *un* edificio, al conocimiento de *una* ciudad, precisamente del edificio o de la ciudad en que se han formado. Aun cuando sea excepcional, su experiencia está subordinada a la cultura de la multitud, a sus experiencias propias, a una condición humana social.

También la lectura de la ciudad está condicionada por los modos de fruición del ambiente, por los sistemas de producción y las relaciones de trabajo. El edificio tiene su posición y función clara en la estructura urbana: sus relaciones funcionales caracterizan su ambientación. Cada edificio está habitado por un grupo funcional que, como grupo, tiene una posición reconocida en la sociedad y en la división del trabajo. Los distintos grupos-edificios se presentan netamente separados los unos de los otros, el exterior del interior. Las relaciones funcionales entre los edificios son relativamente pocas, pero bien definidas. Los ciclos de producción (como por otra parte la vida ciudadana) exigen una coparticipación entre productor y consumidor, con pocos edificios. La casa, el lugar de trabajo (cuando no coincidía con la casa), la taberna, la iglesia y, ya como caso límite, el teatro o la feria, constituían un número limitado de polos para una actividad de ciclos bastante estables. La calle no representa otra cosa que un simple cordón umbilical sobre el que se insertan los distintos grupos-edificios: su función no es aún la de una conexión polivalente y compleja ni ha sido aún mitificada. Si, a veces, ella asume el aspecto de un espacio habitable colectivo (la avenida, el bazar en la ciudad oriental), no debe sobrevalorarse esta función: también en este caso la calle se presenta como un espacio autosuficiente en clara relación con otros espacios: en ningún caso se transformará en el común denominador de una multiplicidad de recorridos de importancia creciente en la vida de los ciudadanos y en el más potente catalizador de la imagen ambiental.

Este carácter de interrelación *de puerta a puerta* entre unidades autónomas explica el origen de una visión orgánica de la ciudad en la que los elementos se colocaban fácilmente dentro de un orden funcional, de una jerarquía de relaciones:

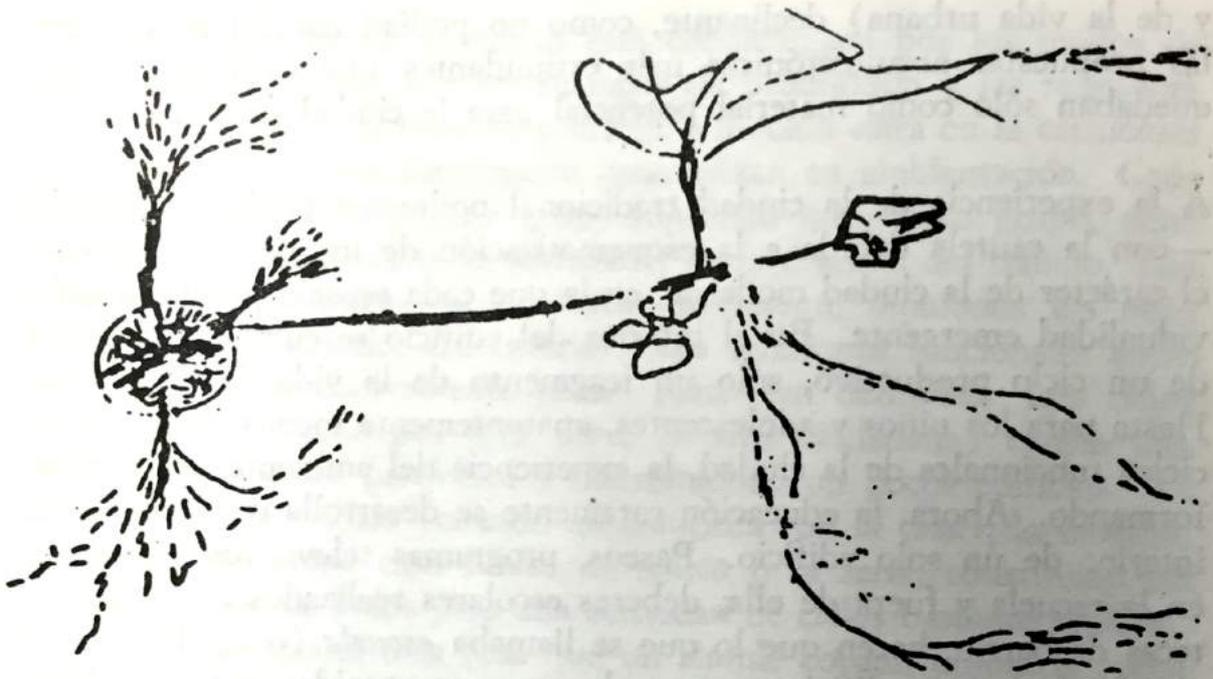
El funcionalismo (racionalismo, arquitectura orgánica), así como muchos otros movimientos culturales de la "inteligencia" y de las clases dirigentes del siglo que siguió a la Revolución Industrial, han sido profundamente conservadores y por ello reaccionarios, pero en un sentido no del todo destructivo. En la transformación de una cultura colectiva se veía, sobre todo, la disolución de un antiguo *equilibrio* ambiental. A menudo, a través de intuiciones creativas brillantes, se proponían soluciones nuevas para restablecer tal equilibrio, pero casi siempre basándose en una antigua articulación de la lectura y de la fruición del ambiente.

La adecuación de la organización espacial a las nuevas funciones mecánicas no podía sustituir el complejo sistema superestructural (formal

y de la vida urbana) declinante, como no podían hacerlo ni siquiera las propuestas arquitectónicas más estimulantes (Le Corbusier), que quedaban sólo como material potencial para la ciudad futura.

A la experiencia de la ciudad tradicional podremos también oponerle —con la cautela debida a la esquematización de los dos conceptos— el carácter de la ciudad moderna, en la que cada espacio pierde su individualidad emergente. En el interior del edificio se cumple sólo parte de un ciclo productivo, sólo un fragmento de la vida del individuo. Hasta para los niños y adolescentes, aparentemente menos ligados a los ciclos funcionales de la ciudad, la experiencia del ambiente se va transformando. Ahora, la educación raramente se desarrolla o lo hace en el interior de un solo edificio. Paseos, programas televisivos educativos en la escuela y fuera de ella, deberes escolares realizados en las bibliotecas de barrio, hacen que lo que se llamaba *escuela* (o sea lo que era al mismo tiempo edificio y grupo de personas reunidas para una determinada función educativa) se prolongue fuera del edificio. Si en cambio seguimos el itinerario de un adulto en el ambiente ciudadano, nos daremos cuenta de cómo un número siempre mayor de personas cumplen la propia actividad en distintos puntos de la ciudad. Sus jornadas de trabajo y sus fruiciones urbanas exigen intercambios con otros grupos y otras funciones diversas. Además, en distintos períodos de su vida, trabajarán en distintos sectores de la ciudad, se formarán hábitos y rutinas en barrios distintos. Sobre todo, cesa la posibilidad de una experiencia ambiental completa limitada a un solo edificio. El edificio difícilmente será el nudo afectivo, psicológico de toda una existencia. Tómese, por ejemplo, el municipio, hasta hace poco punto primordial en muchas ciudades occidentales. Tiende a perder su significado, tan rico en implicancias fruitivas, simbólicas y afectivas: un conjunto de significados y funciones eran atribuidas a este edificio en particular, que de vez en cuando se transformaba en un símbolo ciudadano, lugar de reuniones y protestas, centro de informaciones y consejos, canal para las prácticas burocráticas. En la ciudad moderna estas funciones diferentes se descentralizan en varios edificios, tal vez distantes los unos de los otros. Las razones para volver a crear la unidad en un edificio gigantesco único no son determinantes o generalizables; pueden nacer, cuando mucho, de motivos contingentes.

La transformación no tiene que ver sólo con grandes complejos funcionales. También en el caso de organismos más simples se disuelve la unidad del grupo funcional. El individuo o el subgrupo, si bien teniendo como sede principal un espacio común a otros individuos y subgrupos del grupo funcional, tiende a tener una red propia de inter-



La transformación histórica de las interrelaciones de los elementos de la ciudad. Comparación esquemática de dos aspectos muy idealizados de la ciudad burguesa occidental: el punto de partida medieval y la ciudad-territorio capitalista moderna.

32. El burgo medieval. Dualidad de los centros: a la izquierda la ciudad, el burgo; a la derecha el castillo, que puede también aislarse del burgo y tiene su territorialidad propia. Los recorridos hacia el exterior son pocos y precisos en cuanto a su viabilidad y a los individuos y cuerpos especiales que mantienen contacto con el mundo exterior. En el interior de los confines de la ciudad, que son confines fijos, los recorridos y las relaciones son difusos. La sede de los grupos privilegiados (poder feudal y eclesiástico) puede aislarse de la geografía y funciones de la ciudad.



33. La ciudad-territorio capitalista. Los recorridos y la residencia se difunden hacia afuera; las relaciones y los recorridos entre ciudad y sistema urbano son múltiples y difíciles de definir. En cambio, la actividad central es concentrada en determinados puntos del territorio urbanizado, casi siempre entre los viejos confines de la ciudad.

cambios de intereses ambientales.<sup>6</sup> Además, existe mucha literatura sobre la fragmentación del grupo familiar, sobre el significado de la casa en la sociedad moderna.<sup>7</sup> Sin embargo, no son los aspectos sociológicos del problema los que aquí interesan, ni nos interesa atribuir a la manifestación de la fruición individual y a la fragmentación o atomización de los grupos funcionales, un significado social necesariamente peyorativo. Es sobre el plano de la transformación de la cultura ambiental donde el fenómeno es decisivo para los fines de la proyectación y del análisis ambiental.

### III

La atomización de las funciones, o mejor dicho la fragmentación de los grupos funcionales en ciclos de trabajo cerrados, ya se manifiesta en todas las tipologías: ella tiende a minar la base del concepto de tipología arquitectónica funcional, el acoplamiento entre grupo de funciones sociales o mecánicas y edificio, aun allí donde sobreviene todavía un grupo funcional referible a un espacio limitado y unitario.

La tipología arquitectónica adquiere consistencia si se refiere a uno de los niveles de la experiencia ambiental. El primero, cultural, consiste en un conjunto de valoraciones culturales, emotivas y mnemotécnicas, por las cuales el conjunto de los elementos que constituyen un edificio aparece como un modelo unitario referible a otros modelos similares (prototipos o derivados), o directamente a los atributos efectivos, culturales, de un modo de vida. La segunda referencia, funcional, consiste en una abstracción de la vida que se desarrolla en aquella tipología, reduciéndola a simple esquema distributivo, funcional, buscando así una relación causal o justificativa entre este concepto esquemático de la fruición y la formación del tipo.

Ya hemos visto cuán débil se presenta esta relación. Una visión científica (verificada) de los problemas del ambiente construido demuestra cómo, a todos los niveles, la justificación funcional de una tipología es el fruto de una exigencia cultural, ideológica, subjetiva y camuflada, más que de exigencias objetivas. También en las tipologías más condicionadas por la tecnología (por ejemplo en los aeropuertos), detrás de los tipos planimétricos cristalizados presentados como soluciones funcionales típicas, distinguimos esquemas mentales de grupos profesionales dados, en un determinado período.

Estudiando el *funcionamiento* del aeropuerto, nos damos cuenta de que su problema funcional específico se impone solamente a un nivel muy

rudimentario de ubicación de los edificios, de distribución de la superficie, a una gran escala, por ejemplo, en el orden de centenares de metros: la elaboración del esquema no descenderá más allá de una escala del 1/10.000 o del 1/5.000.

Una trama tan vulgar e imprecisa está sujeta a variaciones y condicionamientos no estrictamente funcionales; y no puede contener, por cierto, todos los caracteres concretos que crean una imagen tipológica. Además de la trama funcional, el proyecto del aeropuerto contendrá una serie de tipologías que vuelven a encontrarse en la ciudad (oficinas, negocios, restaurantes, servicios). La descripción de su estructura puede referirse, por lo tanto, a otras tipologías más elementales (ambientes particulares, locales). Pero también éstas, a su vez, difícilmente presentarán una configuración predeterminada. La atomización de las funciones lleva a un debilitamiento de los parámetros formativos *internos* respecto a los *externos*; el funcionamiento *interno* tiene menos interés emotivo, menos justificación objetiva. Si en un contexto urbano esto es cierto para la tipología, en el caso de un complejo unitario y autónomo como el aeropuerto, las tipologías particulares estarán todavía más condicionadas por lo *externo*.

Quien analiza objetivamente la estructura funcional del tipo *aeropuerto*, encontrará bien pocas características tipológicas que pueda fijar como parámetros para la proyectación.

No obstante, en la proyectación corriente de aeropuertos se advierten esquemas, caracteres tipológicos marcados, que resultan no tener una base funcional justificativa. Ellas tienen, más bien, un origen cultural, en este caso (vista la aridez de los esquemas) limitativo y perjudicial.

Hoy, en efecto, la imagen tipológica del complejo edilicio es claramente el resultado de simplificaciones metodológicas que hace el profesional a fin de controlar la materia con un esfuerzo cultural y creativo mínimo: un esquema distributivo ligado, si bien vagamente, a una imagen arquitectónica, puede hacer saltar toda una fase de la revisión de los valores ambientales.

La imagen de un edificio está constituida no sólo por su esquema espacial distributivo, de tipo global, sino también —y quizá de manera más determinante— por una serie de relaciones típicas de carácter minucioso y capilar. Así, la ubicación de las zonas funcionales particulares de espera y de aduana para los pasajeros tendrá, dentro del es-

quema distributivo, una incidencia menor respecto de lo que podemos llamar el tratamiento ambiental de aquellos espacios: la secuencia de espacios, las aberturas, las visuales, el menor o mayor sentido de participación, la cualidad ambiental (¿cómo se está en él?) de cada uno de los fragmentos de espacio. Estas relaciones espaciales no referibles a un esquema funcional son definibles y representables.

Es en la elaboración de tales relaciones típicas donde las tipológicas corrientes, en cuanto a esquema tipológico abstracto (aeropuertos, hospitales u otras tipologías), se revelan como más pobres e insatisfactorias, mientras la propuesta arquitectónica, la invención tipológica compleja, constituyen notables contribuciones. Piénsese en el hospital veneciano de Le Corbusier.

Considerar el edificio o el espacio a través de una descomposición de sus relaciones típicas y no sólo a través de la consideración de los caracteres tipológicos generales, resulta hoy necesario porque la fragmentación de los caracteres refleja muy bien nuestra experiencia común del ambiente. El fenómeno que hemos llamado atomización de las funciones, tiende a cambiar la articulación de la lectura (y en consecuencia a la proyectación) de los organismos arquitectónicos en sí hacia una articulación dada por elementos continuos y comunes a todas las tipologías.<sup>8</sup>

Así, la calle de la ciudad, vista como un aglomerado de arquitecturas particulares aislables, orgánicas, representa sólo un momento excepcional de nuestra experiencia de la ciudad. Más peso tendrán las lecturas articuladas de otra manera, por ejemplo, una lectura construida según el grado de continuidad de los escaparates a lo largo de la misma calle. De cada tipología será tomado el elemento que más interesa a la estructura organizativa elegida en aquel nivel de lectura dado.

No ha sido la evolución de las lecturas de las hipótesis estéticas de la ciudad, pero sí el surgimiento de nuevos modelos de fruición, el que echó las bases de estos nuevos ritmos de experiencia y lectura. Aquí, es evidente la distinción entre fruición (como experiencia social y colectiva) y función (entendida como momento y papel particular y sectorial).

Así, el razonamiento deberá orientarse hacia el significado cultural de la tipología. Nuevamente se confunden las consideraciones sobre la estructura funcional y la estructura formal. La atomización de las funciones lleva a un deterioro de la trama tipológica como soporte de la

lectura del ambiente. En la ciudad tradicional el tipo de edificación se resuelve en una asociación más o menos definitiva entre el grupo (semblantes, modos y usanzas tangibles) y el *semblante* tipológico del edificio. El proyectista puede concebir un espacio espiritual y materialmente hecho a medida para su cliente; para el lector el mecanismo interpretativo se invierte: él lee en el semblante del edificio la vida y las emociones de quien lo ha formado. Además, la tipología tradicional, a través de una lenta y cotidiana relación formativa con la sociedad, ha cristalizado en sí una serie de relaciones ambientales típicas. Hablando de una tipología en el sentido más rico y eficaz del término, nos referimos tanto al tipo de edificio como a las relaciones típicas que lo acompañan. Por ejemplo, la iglesia de planta central, entre 1450 y 1550, será siempre luminosa, tendrá una relación inmediata con el exterior, a través de puertas, a menudo numerosas y de dimensiones notables. Sólo con esta referencia y características que reflejan objetivos culturales, el esquema tipológico plano-volumétrico de *planta central* se transformará en un hecho arquitectónico concreto comprensible.

La tipología arquitectónica es una abstracción de algunas características de uno o más edificios. Para poder darle un uso inteligente, se necesita que tal abstracción sea algo más que un simple esquema distributivo y que se refiera a caracteres más consistentes para la definición, y de mayor peso cultural.

Las raíces de aquella relación unívoca entre experiencia ambiental y lectura-interpretación, se encuentran en la tecnología de las comunicaciones y funciones urbanas que domina la ciudad tradicional, en la longevidad de los edificios, pero sobre todo en la división del trabajo que atribuye al individuo un lugar relativamente estable dentro de un ciclo de producción, es decir, dentro de un grupo social. Tales condiciones estructurales no pueden dejar de influir decisivamente sobre el conocimiento racional y emotivo que el individuo tiene del ambiente construido, y así definen su *sentido* de forma e inciden, en consecuencia, sobre la proyectación arquitectónica. Podemos desarrollar el criterio a través de un ejemplo: una tipología precisa y rígida como es la casa con patio de la granja lombarda, no puede entenderse, ni siquiera formalmente, sin referirse a este fuerte impacto funcional-psicológico. En efecto, como se ha visto en los últimos años, al primer síntoma de relaciones sociales y funcionales modificadas, no sólo se renueva la tipología de las nuevas construcciones, sino que también en los trabajos de manutención, en las pequeñas transformaciones en el interior de edificios existentes, notamos cómo el significado formal es modificado aun en los casos en que no se ha dado una transformación funcional. Así,

una parte de muro derrumbada que la rodea será sustituido por una verja, no porque la función de cierre y la economía del muro interesen menos, sino porque el sentido de la forma ambiental (el patio cerrado, unidad de la comunidad) se ha modificado. Si en esta tipología leemos dos o más edificios comunicados por un muro bajo a su alrededor, como un tipo, como forma unitaria, ello se debe más al conocimiento formal y cultural que hace viva e inteligible aquella organización, que a la constitución del muro o a la función *unidad de producción agrícola*. Es el derrumbe de una *idea* de tipología y no directamente la crisis (fragmentación) organizativa de las tipologías que señalan la disociación entre la investigación formal y la atribución *colectiva* de significados al lenguaje arquitectónico. Ello produce también una aceptación del carácter abstracto (autoaislado) de la investigación formal; la hace terminar a nivel de formalismo allí donde no recupera toda la riqueza de la investigación arquitectónica. En efecto, mientras en una ciudad antigua las murallas y las almenas emergen apenas confusamente entre muchos otros elementos y otras *formas* que se superponen, un imitador moderno de dichas formas exagerará las dimensiones de las torres y las almenas, empujará hasta un extremo la idea estilística de castillo, lo caricaturizará para que la ciudad sea leída como ciudad amurallada: la suya es una lucha desesperada por evidenciar a través de esquematizaciones forzadas y a través de una convención cerebral lo que en la ciudad antigua emergía hasta en los signos mínimos, pero de por sí significativos por una convención enraizada en muchos niveles de la experiencia.

El problema no es el de abolir toda convención (cada sentido de la forma tiene necesariamente carácter de convención), sino de dar a ella una base menos reducida, evitando esquematizar al extremo la experiencia artística *purificándola* de hechos que difícilmente caben en una *ley* de la bondad o de la coherencia estilística.

Se puede decir que la disociación entre esquemas distributivo, planimétrico y relaciones típicas (caracteres ambientales de las tipologías), ocurre en el Ochocientos. No es imposible referirse, no obstante el complejo enredo de influjos culturales, al Setecientos, a los neoclásicos ingleses (Adam, Nash) y franceses, para descubrir los gérmenes de una experimentación muy dirigida hacia los caracteres formales y ambientales de la arquitectura, independientemente de la estructura planimétrica o del carácter específico del tipo racional. La reacción del racionalismo a esta tendencia, a través de un afianzamiento del tipo arquitectónico a la tipología funcional, se mostrará ineficaz. La disociación no es sólo de carácter estilístico o tipológico. Ella tiene origen

en los fenómenos frutivos que he descripto: la ruptura de una estrecha relación entre grupo social y tipología, la reducción a una relación noturadera entre el individuo y un fragmento del organismo arquitectónico (la habitación en el caserío, la célula primitiva en el barrio obrero, el lugar de trabajo en la fábrica) tendrá lugar en cada ciudad de manera y en tiempo distintos y contradictorios para cada clase social. Se iniciará en el Setecientos, en el *Black Country* de la Inglaterra septentrional, con los primeros asentamientos obreros formados por campesinos empobrecidos, mientras que en Londres la burguesía conservará celosamente hasta finales del Ochocientos la identificación entre grupo familiar y casa de propiedad o casa de renta. Se podrá seguir en la literatura (Balzac, Dostoievski), quizá mejor que en los escritos especializados, el significado afectivo y cultural (relativo a las formas de vida) que el ambiente construido asumirá o perderá en una situación que podemos definir eufemísticamente de *fluidificación* de relaciones entre lugar de residencia y lugar de trabajo. Sólo durante la última postguerra, el fenómeno envolverá a todas las clases sociales, perderá en parte su significado de injusticia social, para transformarse en una condición cultural de la ciudad moderna, socialista o capitalista. Sólo entonces, el arquitecto con las clases más pudientes de la cual forma parte, tocado por primera vez en lo vivo de su propia experiencia de la transformación, renunciará a lanzar reivindicaciones sociales y culturales basadas en una articulación del ambiente construido (la tipología) que ahora tiene poca correspondencia en la experiencia del ambiente. Para quien vive en una casa de pisos ya no es la totalidad del edificio, visto en su organicidad, el ambiente más intensamente vivido. Un conjunto de fragmentos urbanos por él *poseídos* absorberán sus relaciones con la ciudad: la célula habitacional, un ángulo del rasca-cielos donde trabaja, la parte inferior de los edificios a lo largo de su recorrido porque allí están concentradas gran parte de las estructuras de alguna incidencia sobre la vida colectiva y consecuentemente sobre la conciencia colectiva del ambiente urbano.

Pero no es sólo la experiencia personal la que forma la conciencia del ambiente. A través de la experiencia colectiva y de las expresiones que la comunidad adopta —las imágenes que más le impresionan—, una experiencia distinta se infiltra en la conciencia, aun de quien ha nacido y crecido en una tipología conocida en sus expresiones y funciones más particulares o en una morfología urbana arquitectónicamente reconocible. En el momento en que escribo no sabría con precisión cuántos pisos tiene la casa donde vivo; si su techo-terraza es habitable, si el último descanso de la escalera es más grande que el nuestro. No sé qué significa vivir en el último piso ni quiero saberlo: si se me presenta

una imagen del *vivir* de los vecinos del último piso como una repetición monótona de mi *vivir*, lo descarto con fastidio. En cambio, tengo un mayor control cognoscitivo, un sentido más profundo de las interdependencias mecánicas, fruitivas, espaciales, afectivas, y de términos (y estructuras) que han dejado en sucesivas épocas un signo sobre la experiencia colectiva del barrio en donde vivo: el “pata de palo”, el “18”, el “subterráneo”, el “Corso Vercelli”. Aquella parte de la vida de la ciudad que se desenvuelve fuera de las tipologías particulares, la vida ambiental colectiva ha dejado en mi imaginación una señal más profunda.

De este cotejo de una transformación en función y del conocimiento del ambiente no se podrá ciertamente deducir con seriedad, como alguno lo ha hecho, el fin histórico del edificio en sí y el nacimiento de nuevas tipologías. La solución del “container” no es más que una reducción formal demasiado fácil de opciones que surgen y que, ciertamente, no se pueden evadir a nivel de la investigación tipológica dimensional. El edificio de dimensiones reducidas posee todavía (y se prevé que por mucho tiempo) una función social propia; su dimensión corresponde a una estructuración fragmentada de los clientes y no sólo a la división de la propiedad. En muchos casos, es el único instrumento de libre localización y de desarrollo de entidades e iniciativas descentralizadas en un cuadro democrático. Lo demuestra la exigencia y la seriedad de los estudios cumplidos en algunos países socialistas —Polonia, Checoslovaquia— sobre la reestructuración no-arqueológica de los centros urbanos, o sea de áreas que por su formación histórica tienen una configuración fragmentada, constituida por una serie de edificios individuales. Además, el edificio individual ofrece a la colectividad, en este momento histórico, una garantía de contener dentro de sus límites menos peligrosos, por medio de un control de la proyección *paso a paso*, los errores de un cuerpo profesional que se ha demostrado, en su conjunto, puntualmente reacio a toda transformación potencial del ambiente, reprimido por su propia formación técnica, humanística y social: alienado de los móviles vivos de la experiencia colectiva, a excepción de las intuiciones de pocos artistas y estudiosos, pero también a su vez historizados, o sea asimilados a la formación profesional más general, cuando ya estaban superados. Finalmente queda entonces sólo una incidencia menor del edificio particular en la conciencia cultural de la colectividad. La relación afectiva y cultural con el organismo se ha debilitado, y así el mismo concepto de organismo (complementación de las partes) es ya inaplicable a nuestra experiencia del ambiente construido. Si el esquema cognoscitivo *tipología* ha perdido su relación con la experiencia, no obstante eso,

queda una convención útil en la clasificación de tipos edilicios. En un análisis historicista, logra hacer surgir las intenciones y los reflejos culturales comunes, presentes en la construcción de una serie de tipos edilicios. Sin embargo, dicha convención ayuda hoy muy poco a quien proyecta. El rechazo de las tipologías ya configuradas y la investigación entendida como innovación tipológica continua, caracterizan hoy a la mejor arquitectura, sin que exista una contradicción entre estas dos actitudes. Toda solución inteligente de un problema ambiental pone en discusión los esquemas tipológicos precedentes. Nada, en la arquitectura actual, indica la posibilidad o la necesidad de repetir de una proyectación a la otra, sino en la configuración de trozos enteros de ciudad y de ambiente. Y está claro que sin esta repetición, la tipología pierde su importancia como modelo cognoscitivo y operativo. Queda todavía la exigencia de racionalizar nuestro conocimiento del ambiente, y de rechazar la práctica del caso aislado, organizando la proyectación por medio de una serie de actos significativos y repetibles.

En tal sentido, el hospital de Venecia de Le Corbusier es un ejemplo significativo. Dificilmente podrá transformarse en el prototipo de una nueva tipología hospitalaria; pero demuestra, en cambio, que el replantear los modelos tipológicos es posible, incluso en un campo aparentemente condicionado con preponderancia por factores técnicos, indicando que éstos podrán tenerse menos en cuenta respecto a consideraciones arquitectónicas y ambientales externas o internas. No obstante, es fácil prever que este proyecto incidirá profundamente sobre la proyectación de muchos arquitectos, cualquiera sea el tema funcional por ellos tratado. Su carácter ambiental (su relación con la ciudad, las relaciones frutivas internas) es de gran interés. Este carácter ambiental puede ser definido racionalmente por medio de una serie de relaciones. El mismo no está constituido por una atmósfera poética indefinible, sino por relaciones precisas, que pueden ser analizadas y descriptas y que se repiten creando situaciones típicas.<sup>9</sup>

Detrás de tal repetición de situaciones típicas distinguimos algunos valores ambientales y, de ellos, los objetivos. Echando una ojeada casual al proyecto del hospital, me detengo ante una de las situaciones típicas más importantes: el conjunto de los pilotes, los ventanales que se abren a los patios, la compenetración de agua y jardines, la continuidad de las áreas y recorridos cubiertos. Esta situación puede ser definida por medio de dos esquematizaciones: como tipología constructiva, por la forma que ha tomado el espacio construido, ya sea por el tipo constructivo estructural, o bien a través de relaciones-objetivas:

participación visual, protegida y controlada en los pisos superiores, recorrido continuo y participación libre con el paisaje y la fruición ambiental en la planta baja. A estas relaciones, expresadas un poco abstractamente, podrían agregarse otras relaciones mejor definidas entre los elementos como, por ejemplo, la variación de altura del porticado para acentuar el *continuo recorrido*, la *participación libre*, subrayándolas con emociones arquitectónicas precisas. Estas relaciones, evidentemente mucho más complejas y numerosas que en el único ejemplo que he señalado, constituyen en la práctica los objetivos ambientales de Le Corbusier para este proyecto. Otro edificio con caracteres tipológicos similares a aquellos del hospital (rampa sobreelevada, pilotes) podría conseguir objetivos muy distintos, mientras es fácil imaginarse las mismas relaciones ambientales típicas propuestas de nuevo a través de una tipología constructiva muy distinta. ¡Son justamente el carácter del ambiente y sus objetivos correspondientes los que constituyen la parte más interesante y transmisible del hospital de Venecia, como de cualquier otro proyecto tan importante! El problema de la *suciedad* e interferencias recíprocas entre relaciones ambientales y arquitectónicas, considero que ahora está en claro.

Es teniendo presente esta *suciedad* como puede afirmarse que hoy es posible obtener una cierta continuidad entre experiencias sucesivas de proyectación. La transmisión de los objetivos, la verificación de las relaciones más importantes, puede darse a través de un conocimiento racional de las relaciones constitutivas del ambiente, sean ellas de orden artístico o frutivo; pero, más bien, requiere una evolución lenta y una transmisión continua de experiencias y formas organizativas. Actualmente no se da dicha transmisión; al contrario, se tiene sólo transmisión de experiencias estilísticas y tipológicas generalmente sólo sobre el plano individual del gusto y de las ideas poéticas personales.

La rápida adolescencia en la arquitectura de la postguerra no tiene de por sí nada de superficial; por el contrario, es justificada en cuanto la expresión artística, la forma organizativa más significativa en la arquitectura, se va moviendo desde este nivel estilístico hacia otro nivel estructural. En este sentido me parece muy importante que el proyecto del hospital de Venecia haya revelado toda su carga expresiva, ya a un nivel proyectual y a una escala de representación que la tradición estima que la arquitectura no está aún *resuelta*. En efecto, no sabemos cómo el edificio aparecerá en su materia, en su característica tectónica, pero ya es fuerte nuestra impresión de una organización ambiental y de una arquitectura del ambiente urbano. El análisis racional del ambiente construido puede ser presentado en dos modos distintos. El primero, la

aproximación tipológica a nivel proyectual, puede formularse con la siguiente pregunta: ¿crear qué *tipo* de ambiente?, ¿cuál es la organización-tipo válida para toda una serie de situaciones similares?

El segundo enfoque se expresa en la pregunta: ¿cuáles pueden ser las relaciones justas y aceptables entre el *sujeto* y su ambiente; cuáles son los objetivos (y las relaciones espaciales correspondientes) válidos para una serie de situaciones culturales?

Este último, o sea el análisis por relaciones típicas, me parece que es el más eficaz en la fase actual de desarrollo de la ciudad. Además permite un análisis del significado de la organización del espacio, la transmisión racional de los contenidos ambientales implícitos, sin someterse a una hipoteca estilística. El hospital de Venecia no es más una obra para aceptar o rechazar en el conjunto de sus significados organizados: a pesar de no integrarme a él por afinidad *poético-formal* y sin suscribirme al análisis funcional que lo precede, encuentro en esta proyectación valores ambientales, relaciones espaciales, que pueden incidir sobre mi proyectación.

#### IV

En la pregunta del párrafo precedente que se ocupa de definir la aproximación por relaciones típicas, aparecen dos términos: *sujeto* y *situaciones culturales*. Ellos son indicativos de una situación en la que se hace necesaria una aproximación por relaciones y no por tipos formalizados, globales.

La referencia a la *situación cultural* puede ser entendida como referencia a la cultura y a la fruición social: se manifiesta en cuanto los valores ambientales no pueden ser vistos (ni la proyectación puede ser justificada) como valores estético-formales además de *valores* (o *standards*) funcionales. La única justificación racional de un proyecto (omitiendo la parte mínima, en el fondo demasiado simple, de motivaciones funcionales) consiste en sus objetivos culturales, en la referencia a un modo de vida ambiental, a un sistema de valores. Esta referencia u opción de valores constituye, más que una *justificación*, un acto creativo. Racionalizarlo significa someterlo a una verificación y, por lo tanto, hacer del mismo un acto creativo social, aunque sea sólo para someterlo a un cotejo con valores y objetivos sociales, verificarlo con la dimensión de una experiencia colectiva que no sea sólo la del proyectista.

El instrumento más eficaz del análisis ambiental es el análisis de las relaciones típicas del ambiente. Un análisis, conducido en términos de relaciones típicas, se referirá necesariamente a una fruición específica y a los valores de cultura social en la que esas relaciones pueden asumir un significado.

La cristalización de una *tipología* de las relaciones típicas del ambiente construido, o sea la construcción de una referencia estructural, global y definida, implica la capacidad por parte de un determinado grupo social de construirse una idea precisa de la propia fruición colectiva del ambiente, de formarse una imagen concreta, precisa, y de asociarla a un tipo de construcción espacial preciso. Sin esta construcción, conceptual y técnico-artística al mismo tiempo, no existe idea de tipo, unidad de hechos arquitectónicos, pero sí, en cambio, de relaciones desarticuladas y particulares.

La atomización de las funciones en la ciudad significa justamente una ruptura de la fruición de grupo. En su trabajo como en su vida ambiental, el individuo tiene un contacto con el espacio construido, sigue trazados diferentes a los de otros miembros de su grupo social. Difícilmente encontraremos allí una coincidencia entre grupo o clase social y grupo funcional, entendiendo por este último a un grupo de individuos que goza de un determinado espacio o de una red de intereses ambientales. Si en un período determinado un grupo frutivo, como los que oscilan entre un área subdesarrollada y el centro metropolitano, está construido por obreros y estudiantes menos pudientes, ello se debe a la presión de condiciones sociales y económicas contingentes. No refleja modelos culturales, sino una situación social en la que las clases menos pudientes están contenidas dentro de espacios y dentro de límites de fruiciones *pobres*. No serán las transformaciones de la cultura social las que modifiquen esta fruición de grupo. Más bien, será la fluctuación de los precios de los transportes, de los alquileres, de los salarios, la que cambie la composición social de los flujos pendulares.

Por otra parte, ya los conceptos de *grupo unitario* y *fruición ambiental colectiva* son ambiguos. Con la excepción de situaciones de subdesarrollo efectivo como la pendularidad o el vivir en *suburbios* o *barrios bajos* y zonas rurales deprimidas, en las que toda la vida ambiental del individuo es absorbida por un condicionamiento deprimente impuesto por la situación, el ciudadano, en la ciudad como en el territorio, pertenece simultáneamente a más de un grupo frutivo.

Retomemos un ejemplo: un empleado que trabaja en el municipio, cualquiera sea su condición social, sólo tendrá en común con la vida ambiental de sus colegas la permanencia en un mismo edificio durante ocho horas por día. Podría darse también que la atomización funcional, la organización especializada del trabajo y el desarrollo de las comunicaciones no le impongan mayores contactos con ambientes externos y con otros grupos de trabajo aun dentro de aquellas ocho horas. Fuera de su trabajo, él participará en otros grupos, por cierto temporarios: formará parte de los usuarios de un determinado recorrido del servicio público, de los parroquianos habituales del bar de la esquina, de sus vecinos, de los miembros de asociaciones deportivas. Esta complejidad extrema de la red de coparticipación, más que de los acontecimientos sociológicos solos, hace que la fruición del ambiente se presente como fruición individual del ambiente. Esta constatación no debe ser en lo más mínimo entendida como un aval, por parte del análisis ambiental, de las teorías sociológicas y políticas que imaginan hipotéticamente el advenimiento espontáneo de una sociedad sin clases. En efecto, los fenómenos que analizamos y que, debe subrayarse, son exclusivamente *espaciales*, tienen raíces en la terciarización de la ciudad, en la formación de grupos *latentes* de participación. Pero lo que más impresiona en la fruición del ambiente moderno es la imposibilidad de encontrar un vínculo entre la vida ambiental y la condición social de quien lleva aquella vida, si no es a través de los meandros de la formación de la cultura social.

La fruición individual acompaña a otros fenómenos que hemos descrito, y ya es una de las condiciones de la lectura del ambiente moderno industrializado. En la sociedad socialista industrializada, como en la ciudad capitalista, las estructuras ligadas a una fruición de grupo (por ejemplo, exigencia de una representación de masas para la primera, barrios de aislamiento clasista para la segunda) se presentan ahora como contradicciones anacrónicas en una democracia socialista, o bien como taras residuales del sistema liberalista en el capitalismo monopólico. Hemos visto que la fruición individual se comunica estrechamente con la *lectura* individual. En el ambiente urbano y territorial moderno, la lectura se presenta articulada alrededor de las infinitas posibilidades interpretativas ofrecidas por cada una de las fruiciones particulares. Lo que falta es una estructura unívoca en cuya lectura el grupo pueda reconocer los fundamentos, los símbolos más o menos permanentes. La dimensión mitológica de la ciudad moderna con sus símbolos en continua transformación, con sus ciclos de obsolescencia, es una dimensión difusa, comprende estructuras y áreas enteras, y es precisamente variable: sus símbolos son mucho más que totems fija-

dos de una vez y para siempre en un ámbito de emociones, miedos y significaciones sociales fijas.

Esta transformación concatenada de la lectura y de la fruición impone, en primer lugar, un examen más atento de nuestros instrumentos analíticos. Si los análisis a gran escala y macroscópicos sobre el comportamiento de los grupos (véanse los análisis de movimientos pendulares) son de gran interés sociológico e iluminan los aspectos funcionales de un territorio, estos todavía coinciden poco con la realidad ambiental concreta y *sucia* de lecturas y experiencias formales sin interés para el economista o el sociólogo. Logran seguir los recorridos individuales dentro de ciertos límites de tipificación, darse cuenta de las superposiciones funcionales que se dan (el pendular se detiene para ver el paisaje, el pendular se para a observar los astilleros, va al cine, etc.), los recorridos secundarios con los cuales se vincula (y que para el sociólogo no existen): éste ya es un análisis más cercano al desarrollo de la experiencia real. Con las investigaciones a las que me he referido al comienzo de este capítulo, Rannels y Chapin, como otros "planners" estadounidenses, elaboran modelos experimentales más complejos que tienen en cuenta el comportamiento de la familia y de la administración particulares. Se trata de análisis y experimentaciones costosísimos alrededor de los cuales no se ha formado todavía una sólida tradición de trabajo. Sin embargo, en línea general, la valoración justa del problema parece ser aquella que, a un distinto nivel disciplinario, las investigaciones de Lynch y de los proyectistas de Hook llevan adelante con una lectura pluralista, o sea, una interpretación del ambiente investigado a través de distintos puntos de vista por parte de quien cumple actos distintos o sigue recorridos distintos.

En segundo lugar, la transformación de la lectura y de la fruición impone la búsqueda de elementos aptos para transformarse hoy en efectivamente expresivos en este contexto ambiental. Nosotros leemos la soledad del ciudadano aun en las formas asumidas de su vida ambiental, en sus contactos con el ambiente físico que lo circunda. Esta es una condición contra la cual la arquitectura no tiene poder terapéutico. Aun así, si el ambiente parece caótico, si el ciudadano no reconoce en él una estructura formal o fruitiva con la cual sentirse partícipe, a la cual asignar valores, no debe atribuirse toda la responsabilidad a la condición social de base.

Las formas de nuestra ciudad reflejan una organización formal ajena a la experiencia del ciudadano. La tipología cerrada, cada monumento

moderno o antiguo, tienen *formas* y un modo de organizarse muy distinto de los esquemas de lectura y de fruición comunes. El ciudadano puede ser llevado a leer estas formas, consolidando su *gusto* propio, su *cultura* humanista propia: ellas resultarán, empero, extrañas a su vida ambiental. El ambiente arquitectónico continuará como escenario y decorado. Se repetirá la enajenación de los valores, característica de gran parte de la cultura de la sociedad industrial; los valores artísticos son transferidos a algo inaccesible y *distinto* de la vida cotidiana y, por lo tanto, mitificado y extraño. Siendo así, se delinean responsabilidades que son también del arquitecto. El argumento no puede ser sólo político. No podemos dejar de entrever problemas de atraso cultural de los técnicos que *producen* el ambiente. La aproximación a la lectura común y a los esquemas de lectura efectivos del ambiente de hoy, no sólo es cuestión de socialización del arte, sino también de la necesidad de una mayor eficacia y verdad del producto arquitectónico. Se necesitarían quizás investigaciones experimentales sobre la percepción ambiental del arquitecto<sup>10</sup> pero, a través de conocimientos empíricos, sabemos que su experiencia ambiental no es muy distinta de aquella de sus conciudadanos. Apropiándose de solamente los esquemas cognoscitivos y operativos del pasado, fundamentalmente extraños a su inteligencia del ambiente, se aliena parte de sus propias capacidades expresivas: la debilidad artística del neo neo-clasicismo, del neo-liberty, del tardío-racionalismo o neo-expresionismo, no debe atribuirse a la incongruencia de los *estilos del pasado* en un contexto histórico nuevo, sino a la tentativa de mantener con vida a una convención exclusivamente estilista y tipológica actualmente vacía de sus significados más plenos e incisivos.

Si aplicamos una lectura estilista al ambiente de la ciudad y del territorio actuales, esto nos parecerá caótico y, por el contrario, revelará una *forma* potencial y comprensible y aceptable si se lo entiende por medio de la experiencia del ambiente tal como corrientemente se desarrolla. Si la suma de las tipologías y de las formas en una periferia cualquiera aparece como una masa informe, no quiere decir que aquel ambiente no tenga una o más estructuras inteligibles y, por lo tanto, susceptibles de control y proyectación. A lo largo de los recorridos que cumplimos regularmente, nuestra fruición y nuestra atención se detienen infaltablemente sobre ciertos puntos: en otra zona, serán las relaciones entre áreas verdes las que nos interesen. Estos distintos intereses, no necesariamente idénticos para todos los ciudadanos, nos dan un trazado, una red de *posibles* estructuras, que podrían producir una expresión y una forma.

¿Cómo reconocer tales estructuras? En primera instancia su lógica es, evidentemente, la lógica de la fruición y no aquella más acabada de la arquitectura. Por eso existe una dificultad de lectura. Pero no quiere decir que el descubrimiento de los momentos significativos y estructurales de la fruición deba producirse a través de investigaciones y entrevistas hechas con el público no especializado. El mismo Lynch presenta tales métodos simplemente como una verificación posterior de la investigación. Por otra parte, el conocimiento de un vasto muestrario de reacciones, de posibles estructuraciones en la vida ambiental, tendría un valor puramente indicativo. Para captar el carácter potencial del ambiente surcado por un número inmenso de intereses e interrelaciones, se necesitaría sumarlos por medio de un trabajo en el cual la interpretación prevalecería netamente sobre la observación.

Es por esto que el trabajo principal del arquitecto deberá concentrarse en las estructuras mismas, teniendo en cuenta su posible significado frutivo y el lugar que tal fruición pueda tener en la cultura de las masas.

Así, al lado de los clásicos intereses del arquitecto (inventar nuevas formas, análisis técnicos y funcionales), va surgiendo un nuevo deber: *interpretar* por cuenta de la sociedad y de las clases sociales el significado del ambiente (específico, histórico, tal como es definido por su fruición) y buscarle nuevos significados posibles.

Aceptar la fruición y las estructuras del ambiente tal como se han formado, no equivale a formar el ambiente. Las formas potenciales, las estructuras latentes, no restituyen una cultura. Si el arquitecto debe desarrollar un análisis minucioso de la realidad, ello sucederá en el sentido de una búsqueda de los elementos y de los acontecimientos dotados de capacidad lingüística *real* efectivamente disfrutables, aptos para transformarse en la estructura portante para un enriquecimiento artístico. A menudo se han confundido dichos elementos y organizaciones portantes (relaciones organizativas) con elementos arquitectónicos, con formas emergentes cargándolas de —no se entiende bien de cuáles— *significaciones* y *simbolismos*. No es casualidad si el centro de difusión de tal interpretación decadente de los valores ambientales haya sido, desde hace veinte años, un cierto ambiente profesional en los Estados Unidos (Stone, Rudolph, con muchos otros más mediocres, y Kahn, el más genial). Ella nace como respuesta apresurada y superficial para un inaceptable concepto interdisciplinario y funcionalista de la arquitectura, ya puesto en crisis por el nacimiento de las nuevas disciplinas ecológicas.<sup>11</sup>

Debemos rechazar una visión de la ciudad en la que los *valores* son concentrados en pocos elementos *significativos* cargados de simbolismos vagos e ineficaces. No existen motivos tecnológicos o culturales para que no haya momentos más comunes, de referencia cotidiana más clara, de la estructura ambiental para representar los valores ambientales. ¿Por qué una alienación de los valores en momentos excepcionales, *luminosos*, de la estructura urbana? Tal alienación (recrear los valores fuera de la experiencia cotidiana) no corresponde a ninguna experiencia no superficial de la sociedad que me rodea, ni está justificada por la relectura del urbanismo histórico.

El bazar oriental o el espacio colectivo del París del Ochocientos son obras maestras ambientales que han encontrado, en una experiencia demasiado común y banal (no-monumental), el apoyo para una serie de valores artísticos y culturales. La catedral gótica no sólo es un elemento condicionado y condicionador del tejido urbano que la circunda, sino que su *emergencia*, su *simbología*, asumen el peso que todos sabemos tiene en la lectura, sólo una visión artística más ligada al Ochocientos que a épocas precedentes y a nuestro tiempo.

En realidad, la catedral *surge*, tiene espesor simbólico, sólo dentro de una experiencia cotidiana; forma parte del espacio *interrelacionado* del ciudadano medieval; es un fragmento aislado, circunscripto, pero siempre vivido en un contacto de tipo posesivo. No sucede lo mismo con el rascacielos *formalista* o el castillo medieval (al que el formalista a menudo se refiere muy ingenuamente, pero con una profunda afinidad intuitiva): estos son escenografías, cada uno de sus signos se transforma en símbolo mítico, íncubo o sueño tranquilizante. Es sólo la potencia del ambiente urbano circunstante, el sentido de las cosas conocidas, familiares, que llega a asimilarlos, a instrumentalizarlos en la imagen ambiental. Así es como en Milán serán las mediocres Vía Dante y la Piazza Castello las que *capturan* al Castillo Sforzesco y lo hacen instrumento de la construcción de una imagen ambiental significativa, y no será el Castillo Sforzesco el que condiciona la lectura de la Vía Dante, no obstante la mayor precisión formal y mole del edificio.

Objetivos aparentemente ambiguos como la búsqueda de una mayor *participación*, y significado social y cultural del ambiente en la organización artística, han exigido un atento análisis del ambiente actual. Tal análisis es muy distinto al análisis funcional, visto como simple apoyo cognoscitivo, como justificación para las decisiones proyectuales. Es, en cambio, un trámite necesario para captar el significado de las

estructuras, indicándonos cómo y dónde la *función* se transforma en fruición, base de la experiencia ambiental.

## V

La atomización de las funciones, el desplazamiento de los esquemas de lectura común de cada tipología hacia las estructuras fragmentarias, hacen surgir en el ambiente nuevas áreas significativas. No es suficiente destacar la continuidad del ambiente urbano, de sus procesos, ni indicar tipologías emergentes, polos funcionales que puedan transformarse en ejes de desarrollo y de lectura. La naturaleza de estas áreas y corrientes de intereses comunes a grandes estratos de la población ha quedado aclarada. Ha quedado aclarado, como ya he tratado de hacer con una primera aproximación al hablar del tejido capilar de París,<sup>12</sup> cómo la experiencia de estas áreas, recorridos o estructuras puede influir en nuestra valoración, formal o no, del ambiente.

En el fondo, el concepto de una tipología constructiva ya contiene indicaciones sobre los elementos emergentes para su importancia frutiva. Decimos que un edificio pertenece a tal tipología o a tal otra, porque los elementos considerados de mayor peso son tratados y ubicados en una determinada manera. El concepto de tipología es, sobre todo, un preconcepto de las estructuras emergentes en la fruición del ambiente. ¿Actualmente, tiene razón de ser tal preconcepto? Las relaciones típicas del ambiente se van transformando. Las estructuras emergentes son variables. Se hace urgente en el análisis de las relaciones y no de los tipos de situaciones (tipologías), en las que estas relaciones son dadas de una vez por todas. Los hechos que mayormente inciden hoy en nuestra valoración y conocimiento del ambiente son las relaciones entre los edificios y entre las actividades, más que los edificios y las actividades mismas, es decir, no necesariamente los elementos físicos.

Sabemos todos que la función *entrar*, por lo tanto la ubicación de la puerta de entrada, su forma y dimensión, pueden influir decisivamente sobre el carácter de un edificio. Sabemos que los nuevos trazados viales cambian la imagen de una ciudad aunque los edificios no sufran transformaciones: decimos que una calle nueva *descubre nuevos paisajes* mientras, en realidad, entendemos que para nosotros ahora ya el paisaje se ha transformado. Pero además de estos momentos mecánicos —recorrido, surgimiento de jerarquías formales y frutivas en relación con el movimiento, con el orden de *descubrimiento* de la lec-

tura<sup>13</sup>— ¿cuáles son las articulaciones más significativas del ambiente?

1) La teoría de la "Einfühlung" (empatía) y otras referencias no sistemáticas en la crítica arquitectónica, son bastante convincentes al indicar un vínculo entre las sensaciones materiales de nuestro cuerpo (posturas del cuerpo, sentido de peso, de resistencia, de proximidad: tocar; de lejanía: inaccesibilidad) y la lectura. La sugerencia por símbolos, ya sean estos de origen social contingente o de origen primordial, tiene innegablemente un puesto en el *cierre*, en la definición final de una forma ambiental. No trataremos de la articulación de la lectura condicionada por modelos históricos en cuanto se refieren a una condición humana duradera no contingente.

2) Otra articulación de la lectura del ambiente puede basarse sobre las relaciones externas entre elementos arquitectónicos. Pero la jerarquía y las relaciones de los elementos en el ámbito de la fruición moderna del territorio, presentan una impresionante complejidad (al límite imprevisible) de la lectura. Es verdad que ciertos elementos son más advertidos: las aceras y los escaparates se transforman en base de lectura de la calle comercial del Ocho-Novecientos; en un solar de la periferia, las construcciones provisionales de una feria de diversiones suscitarán la impresión de caseríos insignificantes. Sin embargo, no existen motivos suficientes para cuidar más de la acera o de la feria, y transformarlas en puntos de apoyo formales del ambiente.

No encontraremos en el ambiente moderno estructuras latentes que se impongan como elementos sobresalientes *naturales*, ni la cultura moderna impone elementos convencionales. Es necesaria una decisión voluntaria del proyectista y de la sociedad para la elección de tales elementos.

La elección de una articulación y de una estructura dominantes, también debe rechazarse como problema falso. Un urbanismo (o un antiurbanismo) *pop*, que juega con los elementos rudimentarios tomados de nuestro ambiente, es posible: la intencionalidad artística podría transformarse en un comentario irónico o dramático de los elementos, renunciando a una lógica explicativa de objetos positivos. O bien podría imaginarse un urbanismo tecnológico en el cual el diseño de un programa inicial resuelto tecnológicamente, haría superflua toda otra forma de control de las formas ambientales, en cuanto cada elemento es repetible al infinito y contiene la solución para cada forma posible de agregación.

No obstante, la ciudad es un hecho histórico complejo que no puede ser transformado de golpe, sino por la *cantidad* de hechos heterogéneos sedimentados por su formación histórica en un aglomerado de elementos homogéneos. La elección o descubrimiento de una estructura dominante queda como un hecho de interpretación de una realidad compleja: es, por lo tanto, una cuestión de lectura conjunta objetiva e ideológica. Los valores ambientales de la ciudad, tal como hoy los conocemos, comprenden valores que no son sólo formales, sino que no pueden ni siquiera ser definidos como sociológicos. Tomemos el caso de valores que tienen relaciones de participación, valores formativos de una cultura social: en el primer caso no hablamos de participación en el significado político del término, sino de capacidad y potencial de lectura de los acontecimientos ciudadanos, el goce cultural de un contacto, aunque sólo sea visual, con el trabajo y la fruición de los demás. Tal potencial de lectura actúa sobre nuestra visión de las formas ambientales a un nivel formal, también en modo indirecto, aunque falten los elementos-sujetos de la participación: figuras humanas, escenas de trabajo. Un palacio en una calle de la ciudad, vacío y con muchas ventanas, visto detrás de una empalizada o bien con un bosque al fondo, tendrá en cada una de estas situaciones un significado formal distinto; las ventanas vacías, la aproximación a través de un prado o por la calle, sugerirán en cada caso un peso frutivo y, por lo tanto, un peso formal distinto de los elementos. Los elementos arquitectónicos aparecen así cargados de sugerencias formales, porque en nuestra experiencia se unen a actos y fruiciones. La forma en que el ambiente se inserta en un tejido de intereses y de significados frutivos, sólo perceptibles en las formas (su origen no formal se descarta, no se ve), tiene igual peso, si no mayor, que la disposición topológica de los elementos. La *justeza* o el *error* formal de un volumen ubicado como punto de apoyo de una calle en curva y de tránsito rápido,<sup>14</sup> puede ser menos importante respecto a la sugerencia (inicialmente frutiva, de participación, pero ahora formal) de las ventanas del palacio, de su relación con el prado, con la avenida. En la ciudad industrial capitalista o en la socialista, la lectura *participante* se fija siempre más en las grandes estructuras y en las interrelaciones a gran escala: aparece en la continuidad de los fragmentos formales y de las actividades (pensar en el bulevar parisiense o moscovita) y no solamente en la estructura íntima del edificio particular (pensar en la relación entre puerta y calle, en la reiteración de los elementos en Alberobello).<sup>15</sup> Este no es solamente uno de los elementos básicos de la articulación de la lectura de la ciudad occidental-mediterránea, sino que constituye también el mecanismo de uno de los caracteres fundamentales de la ciudad moderna: su capacidad formativa. Entiendo por formatividad

del ambiente, la capacidad de imprimir los propios modelos de comportamiento, de sugerirlos, de presentar en orden didáctico los acontecimientos de la vida urbana, llevando al ciudadano a aquel grado de conocimiento de los mecanismos (formas y sucesos concatenados) de la ciudad, que se supone *formará* su conciencia cultural y social. La ciudad occidental-mediterránea ha desarrollado esta capacidad en medida creciente, hasta llegar a la ciudad burguesa del Ocho-*Novecientos*. La calle y el centro de actividad de esta ciudad son una sucesión de acontecimientos de fuerte atractivo para el ciudadano, interesantes sobre todo por la superposición de acontecimientos y acciones de distinto orden: comercial, cultural, manifestación de las aspiraciones políticas, caminata distensiva sin meta. La calle del Ocho*cientos* es una estructura ideada y ubicada de tal manera que puede alojar una inmensa variedad de actividades, en cualquier punto y en cualquier orden. Todo ello es traducido en términos arquitectónicos; es *representado* y hecho reconocible con un cierto orden.

La capacidad formativa del ambiente construido no se presta a una sobrevaloración sociológica. La *vitalidad* de las estructuras urbanas, la valoración del efecto social de los intercambios y contactos en la ciudad, han sido ya ampliamente redimensionados.<sup>16</sup> Pero aquí no interesa la medida de la utilidad social, del mejoramiento efectivo de las estructuras sociales por medio de la formación del individuo en un ambiente ciudadano rico en intercambios. Los valores de participación y de formatividad del ambiente constituyen un sistema de valores culturales de por sí, representan un modo de vida sin influir necesariamente sobre la infraestructura social, o sin tener una finalidad utilitaria. Ellos alcanzan el máximo de fuerza expresiva en un período de la ciudad occidental (desde la primera mitad del Ocho*cientos* hasta los comienzos del *Novecientos*, las fechas varían según el distinto grado de desarrollo capitalista de las naciones europeas) cuando la burguesía, suficientemente consolidada como clase en el poder, está en condiciones de expresar sus propios valores en un ambiente modelado por su propio uso y consumo. París, casi íntegramente, y otras ciudades europeas solamente en algunos de sus fragmentos, representan seguramente el punto más avanzado alcanzado por la ciudad moderna. Desde entonces, los valores de participación, la expresión de los intercambios urbanos como superestructura cultural, van dispersándose, pierden su *forma* ambiental. La ciudad capitalista va asumiendo el carácter de *objeto* tratado con una especialización extrema de sus partes, que corresponde también a la especialización clasista y funcional de las partes. La distinción entre centro terciario y periferia, es el mayor dato de esta especialización. En sus *formas*, la ciudad capitalista revela

ser objeto de inversión y especulaciones, objeto de confusas reivindicaciones puramente cuantitativas por parte de las clases incapaces de formular modelos culturales o de proporcionarse los instrumentos y las técnicas para dicho fin. En cambio, la ciudad del Ochocientos, en sus ejemplos más completos, con toda evidencia ha constituido un espacio colonizado exclusivamente por una clase competente y egoísta, que ha echado del propio espacio vital a los valores y las clases no asimilados.

La asunción de valores ambientales y culturales presenta siempre un fondo ideológico. Las ideologías, genéricamente definidas de izquierda en Europa y de *progresistas* en los Estados Unidos, que van desde el marxismo al catolicismo popular, al laicismo moderado y de izquierda, a los grupos radicales, conservan todas una componente humanista heredera de los valores de una cultura burguesa que busca en la expresión y en la formación de la ciudad los objetivos de participación, de formatividad cultural. Esta componente es algo más que anacrónica. Es un dato histórico que las batallas ideales deben retomar cuando la ciudad capitalista se declare incapaz de conservarlo.

No es por casualidad que la ciudad socialista de Europa oriental, a pesar de la distinta estructura económica y social, parece haber recibido más que en otros lugares, la herencia de la ciudad del Ochocientos, al menos bajo este aspecto.<sup>17</sup>

El rechazo de los valores culturales de la ciudad ha sido bastante difundido durante los últimos cien años. Por una parte se lanza la hipótesis de una tecnología que permita asentamientos dispersos, intercambios culturales y materiales esparcidos en el territorio y no condicionados por una red espacial centralizada. Como prototipo de tal ciudad se cita a menudo el ejemplo de Los Ángeles. Del estudio sobre las metrópolis estadounidenses sacamos, en cambio, la impresión de que no todos los intercambios hayan sido facilitados con la expansión y la difusión de la red de comunicaciones: la así llamada indiferencia territorial se muestra más bien como indiferencia hacia *un cierto tipo de intercambios*. El orden del espacio físico queda aún hoy como el elemento condicionador de los intercambios urbanos: y quizá su incidencia también va aumentando paralelamente a las crecientes exigencias de intercambio. Así, los intercambios culturales, el comercio de bienes particulares o de alta calidad, las actividades asociativas urbanas más intensas se concentran siempre más en un núcleo central (o desaparecen del todo), mientras el territorio urbano restante es empobrecido por la falta de estos intercambios.

Por otra lado, la previsión o la utopía anticidad puede vincularse a tendencias irracionales de la cultura occidental que, si bien encuentran puntos extremos como por ejemplo en Tolstoi o Spengler, con su voluntad de arrasar con varios siglos de adquisiciones culturales, tienen también una acogida difundida y menos extremista en la cultura urbanística moderna. Este pensamiento, en cierta medida ahistórico y suicida en cuanto logra apartarse y observar con indiferencia el sistema de valores de la cultura dentro de la cual actúa, ha sido en muchos campos un componente irracional rico en sugerencias. A través de la sociología y de la etnología, pero también a través de la simple observación de arquitectos y urbanistas, ha enseñado a considerar a la sociedad y a la ciudad occidental, no como un ejemplo único y más avanzado de una larga evolución, sino más bien como una ciudad y una sociedad como tantas otras, culturalmente estimables sólo con parámetros propios y no por medio de una comparación de su mayor o menor eficiencia. Reencontramos el rechazo de la ciudad occidental en la "Broadacre City" de Wright (rechazo bastante moderado), en las investigaciones de Yona Friedman,<sup>18</sup> en el irrespetuoso tratamiento y en las exageraciones de muchas propuestas urbanas inglesas, como las del grupo Archigram. No hay que subestimar el estímulo de esta corriente anticidad sobre el pensamiento urbanístico: ella redimensiona demasiado literalmente una aceptación de las estructuras y de los valores de la ciudad occidental-mediterránea, como únicas relaciones y valores posibles.

La elección de la referencia a la ciudad constituye solamente un punto de partida para una metodología de la arquitectura: ella exige considerar la concentración de los significados, la articulación del espacio ambiental como valor positivo, como estructura. Pero dicha elección no puede ser justificada dentro de un discurso puramente arquitectónico; ella parte de una valoración lógica desde la cual descienden consecuencias operativas y metodológicas. Pienso que se debe proceder a un acercamiento y a un método que permitan a la proyectación actuar ante todo sobre las interrelaciones, que haga surgir el carácter de *participación* en las formas ambientales y que rompa con las convenciones (y métodos) formales y funcionales, pero solamente cuando bloquean dicha aproximación. Esta constituye una de las dos orientaciones en que se debe desenvolver el trabajo de investigación del futuro. La otra será la búsqueda de articulaciones, de estructuras potenciales dentro del espacio colectivo. Dentro de las interrelaciones y hechos físicos que ofrecen una mayor legibilidad y representatividad de la ciudad, están los espacios portadores de la vida ciudadana que, por lo tanto, recogen una parte mayor y un sentido más agudo del ambiente.

En el curso de este estudio, he observado algunas opciones: la elección de la participación en los caracteres ambientales de la arquitectura, la elección de una lectura que haga surgir los caracteres culturales y sociales del ambiente, la elección del ambiente como *ciudad*, o sea como lugar de participación y de sedimentación histórica, todas ellas opciones sucesivas y concatenadas.

La elección de las estructuras físicas aptas para tornarse objeto de la atención organizativa y expresiva y en la cual han de concentrarse los valores ambientales más significativos es, sobre todo, una opción ideológica; se refiere necesariamente a las aspiraciones y anhelos de las clases sociales, a las indicaciones ideales de la construcción cultural. Ningún análisis *objetivo* nos indicará más allá de las limitaciones demasiado amplias impuestas por la realidad estructural urbana, si las imágenes más fuertes, los valores más altos de una ciudad han de concentrarse en la organización formal de las aceras, en dos o tres espacios internos o en algunos monumentos.

Cualquier estructura del ambiente moderno que garantice un consumo efectivo, podría ser objeto de atención: la red de las calles, las fachadas de las casas, el dibujo de los ladrillos de revestimiento. La cultura del "design" en sus manifestaciones más divulgadas (revistas, enseñanza) propone que *todo* sea bello. Sin embargo, no conocemos una sola cultura histórica que se haya propuesto malgastar las energías creativas propias, sin distinción en cada expresión de la vida ambiental.

Si la fruición del ambiente fuese destinada a constituir un bien de consumo pasivo, todo podría transformarse indiferentemente en objeto de goce: el ojo del ciudadano no sería más que un ojo vagabundo, solicitado por las visiones que se le ofrecen a lo largo de la calle, todas indiferentes, al menos desde el punto de vista estético. Pero el ciudadano no *viaja*, sino que participa intensamente de los lugares que habita, elige, descarta, rechaza, o se deja influir por ellos. Por eso debemos preguntarnos si la intervención arquitectónica debe actuar sobre el espacio del *viajero*, para usar la terminología "lynchiana" (sobre una estructura ambiental que el ciudadano *ve* solamente cuando abre ojos de *turista*), o bien si consideramos alcanzar la máxima intensidad de valores en el espacio común a la mayoría de los ciudadanos, significativo por la intensidad de intercambios que tiene con el mismo.

Aclaro con un ejemplo: la parte exterior de Corso Venezia, o sea el tramo entre los Bastiones y la Cerchia dei Navigli, es una de las arte-

rias más bellas de Milán; sus dimensiones y sus ritmos (amplitud, presencia de jardines) hacen de ella un ambiente fácilmente asimilable en la vida, en la imagen y en los lugares surgidos de la ciudad moderna. A pesar de ello, este tramo de Corso Venezia no es otra cosa que un canal de tránsito: lo flanquean pocos comercios o actividades de interés colectivo. La menor presión de intercambios no constituye necesariamente una desventaja: la ciudad debe también tener sus momentos distensivos. La constatación a realizar es de otro tipo: las calles y las plazas que forman el tejido más vivo, más gozado de la ciudad (por ejemplo, sobre los ejes de Corso Venezia: Corso Vittorio Emanuele, San Babila, el primer tramo de Corso Venezia, Corso Buenos Aires), son muy pobres en contenidos ambientales, presentan una *vivacidad* puramente comercial y sucia. La vida colectiva de los milaneses se da justamente sobre este fondo. La incidencia del tramo interesante de Corso Venezia sobre sus conocimientos del centro de Milán y sobre la arquitectura de Milán, es muy débil. Su interés es de carácter casi turístico-arqueológico: un espacio a descubrir durante el tiempo libre. La imagen de Milán hubiese sido muy distinta y mejor si San Babila y Corso Vittorio Emanuele fuesen espacios secundarios y Corso Venezia más importante en la vida de la ciudad, si existiese entonces una coincidencia más precisa entre espacio colectivo y arquitectura sobresaliente.

Así, el carácter de un ambiente puede ser modificado, no tanto transformando sus tipologías constructivas, sino modificando la jerarquía de los intereses, de los recorridos. No es difícil imaginar la metamorfosis de Milán si los patios y los espacios interiores del centro histórico fuesen abiertos a las actividades colectivas, superponiendo una nueva red de trayectos a la existente.

¿Cuál es la jerarquía de los intereses y de los recorridos en el ambiente moderno? La respuesta variará según la escala de fruición, según el carácter de las tipologías interesadas. Sin embargo, debemos tener en cuenta el fenómeno de *extroversión* de los intereses que caracteriza al ambiente moderno. Hasta en la casa tienden a predominar los parámetros *externos* (ubicación, exposición, visuales). Es necesaria una profundización analítica de los valores y de los objetivos ambientales en los puntos más característicos en que se manifiestan. Dicha investigación podría partir de una estructura, la articulación y las interrelaciones de las actividades centrales, que presenta un gran interés y la necesidad de una urgente aclaración por su incidencia sobre la fruición del ambiente urbano.

Como cierre del presente estudio, intentaré puntualizar brevemente el carácter y el interés de tales actividades.

Por actividad central, debemos entender todas las actividades institucionales y las funciones accesibles al público. Aproximadamente, podemos considerar como actividades centrales a todas las actividades que requieran un cierto grado de asociación e intercambio de tipo urbano, y que se desenvuelven en un espacio construido con límites más o menos estables. La relación con estos espacios es seguramente la relación más significativa y característica de la estructura en la ciudad moderna y define, con gran precisión, por medio de la relación residencia-actividad, residencia-espacio colectivo, por medio de la intensidad y modo de la fruición, el comportamiento y la cultura ambiental del ciudadano. La localización de las actividades asociativas o centrales, la traducción de las mismas en formas, constituyen *ya* un valor, un capítulo de la historia cultural de la ciudad.

Podemos dar un juicio preciso sobre la cultura de nuestras ciudades, analizando la constitución de su espacio asociativo: está formado casi exclusivamente por actividades comerciales, por pocos tipos espaciales destinados al tiempo libre y por espacios funcionales, simples canales de comunicación. Ello constituye el cuadro bien mísero de toda una cultura. Sin embargo, alrededor de esta pobre estructura se han cristalizado algunos modos de vida, una cultura ambiental que trasciende el valor de la estructura misma. Las actividades centrales constituyen potencialmente una estructura portadora capaz de nuevos contenidos. Los *otros* valores de la ciudad, valores y actividades de carácter cultural y social, que hasta ahora no han encontrado un lugar en el centro de la ciudad occidental de carácter decisivamente comercial, no podrán ser colocados lejos de aquella estructura. La descentralización de las zonas de interés público no puede darse en modo casual o por medio de un concepto abstracto de equilibrio territorial. Para que los nuevos valores tengan eficacia en la transformación cultural de la ciudad, se deberán considerar los comportamientos de los ciudadanos, tratando de aprovechar los valores y los significados ya formados.

Dar una imagen intensa del ambiente significa controlar sus actividades centrales, evitar la dispersión.

La estructura de las actividades centrales no coincide con el concepto de centro de la ciudad. Si en Italia las actividades más significativas, el espacio colectivo más cuidado se encuentra hoy en el centro, se debe a la particularidad del desarrollo histórico de la ciudad italiana por

una parte, y por la otra al relativo empobrecimiento del conjunto del tejido urbano. El lugar de experiencias comunes para grandes estratos de la ciudadanía es aún el centro o, mejor dicho, *llega a ser* el centro después de extenderse y empobrecerse funcionalmente la periferia. Es inútil hablar de forma urbana, de figurabilidad, viendo en éstas una cuestión formal difundida a *todo* el territorio urbano cuando, en realidad, una calle estrecha pero rica por la fruición y las sugerencias que contiene (Via Montenapoleone), tendrá infinitamente mayor peso respecto a un inmenso ensanche (Via Caterina da Forlì).

Enriquecer toda la estructura urbana significará, entonces, relacionarla *íntegramente* a las actividades centrales, a los lugares de experiencia colectiva, acaso concentrándose también hacia éstos, creando una relación por contraposición. El territorio deberá ser cruzado por nuevos canales de interés, por nuevas áreas con un significado de fruición ambiental preciso. Pero esto no puede reducirse a una simple operación cuantitativa, de descentralización de los valores contenidos en el centro tradicional. Los nuevos *destinatarios* deberán *colonizar* su propio ambiente, con toda la riqueza de los hechos culturales y de estructura que el concepto de colonización resume, exactamente como hace un siglo la burguesía parisiense colonizó la forma de su propia ciudad.

Milán, setiembre, 1966.